

www.elboomeran.com/

VERSIÓN ORIGINAL
MEMORIAS LITERARIAS NARRADAS
A OLEG DORMAN

LILIANNA LUNGUINÁ

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE YULIA DOBROVLSKAIA Y
JOSÉ MARÍA MUÑOZ ROVIRA



PREFACIO

Este libro transcribe el relato de Lilianna Lunguiná sobre su vida filmado durante el rodaje de la serie documental *Podstróchnik*¹. Llevé a cabo una corrección mínima, lo usual cuando se va a publicar una transcripción estenográfica, y añadí aquellos fragmentos que, por varias razones, no incluimos en la película, lo que aumentó el volumen del libro en un tercio.

Lilianna Lunguiná (1920-1998) es una célebre traductora literaria. Gracias a ella los lectores rusos conocieron a los personajes de Astrid Lindgren, descubrieron las novelas de Knut Hamsun, August Strindberg, Max Frisch, Heinrich Böll, Michael Ende, Colette, Dumas, Simenon, Vian o Romain Gary. Tradujo las obras teatrales de Schiller, Hauptmann e Ibsen y los cuentos de Hoffman y Andersen.

A principios de los noventa se publicaron en Francia las memorias de Lilianna Lunguiná, *Les saisons de Moscou*, que fueron todo un superventas; los lectores de la revista *Elle* la consideraron la mejor obra documental del año. Sin embargo, Lunguiná rechazó decididamente la opción de publicar el libro en Rusia. Creía que para sus compatriotas debía escribir un libro diferente, nuevo de principio a fin. Con los tuyos

1 Traducción interlineal. (N. del T.). Si no se indica lo contrario todas las notas son de los traductores.

puedes y debes hablar de las cosas que los de fuera jamás entenderían.

Y así, un día aceptó afrontar este reto delante de la cámara. Creo que sus memorias en francés le sirvieron de borrador para el relato oral, que requirió varias sesiones. Durante el mes de febrero de 1997, junto con el cámara Vadim Iúsov y un equipo de rodaje reducido, fuimos a diario a casa de los Lunguín para escuchar y grabar la narración que luego se convertiría en la serie documental *Podstróchnik*.

La larga vida de Lilianna Lunguíná la llevó a diversos países, en un reflejo sorprendentemente profundo y exacto de la esencia del siglo XX; del siglo que confirmó que no hay una vida de todos, solo la de una persona. Que un grano sí hace granero. Que el ser humano no es un juguete sometido a las circunstancias, que no es víctima de la vida, sino una fuente del bien, inagotable y, por tanto, invulnerable.

Pocos en este mundo tienen la suerte de encontrar en su camino a personas como Lilianna Lunguíná y su marido, el dramaturgo Semión Lunguín. Y, sin embargo, es muy probable que los demás, las otras personas, sean lo más importante en nuestra vida. Viendo a los demás nos formamos un concepto de la vida, de lo que es capaz el ser humano, de cómo puede ser el amor, la lealtad, la valentía, de si lo que leemos en los libros es verdad.

Tuve suerte de conocerlos y de quererlos. Presentar este libro es todo un honor para mí.

Oleg Dorman

Me llamo Lilia Lunguiná. Desde los cinco hasta los diez años, mientras viví en Alemania, me llamaban Líli Márkovich. Luego, entre los diez y los catorce, en Francia, me llamaban Lílí Markovích. Y cuando actuaba en las representaciones del teatro de marionetas de mi madre, era Lili Imali. Imali era el nombre artístico de mi madre, una palabra del hebreo antiguo que significa «mi madre». Así que he tenido muchos nombres. Y también muchas escuelas. Fui alumna —una vez las conté— de doce escuelas. Pero esta larga vida —el 16 de junio (de 1997) cumpla setenta y siete, da miedo incluso pensarlo, jamás creí que pudiera llegar a esta edad— no ha sido suficiente para aprender a presentarme con mi patronímico. Debe de ser un rasgo propio de nuestra generación, nos sentíamos jóvenes durante largo tiempo, nos llamábamos por los nombres de pila sin más, nos tuteábamos.

No obstante, setenta y siete años son muchos y ya toca hacer balance. Y no un balance provisional, como tituló la última parte de su libro *mi marido Sima*², sino uno definitivo. Aunque, por otro lado, ¿cómo hacer balance de una vocación? ¿Cuál sería el balance de una vida? Creo que el balance de una vida es la vida misma. La suma total de todos los instantes vividos, felices, difíciles, desgraciados, deslumbrantes y oscuros; todo el conjunto de los minutos, horas y días; la

2 Sima (Semión Lunguín) (1920-1996), dramaturgo y guionista soviético; sus guiones, escritos siempre en colaboración con Iliá Nusínov, son la base de más de veinte películas filmadas entre 1960 y 1991. (N. de A.).

esencia, digamos, de la vida, ese es el balance, no hay otra cosa que pueda resumir una vida. Por eso ahora me apetece recordar. Y mirar las viejas fotografías.

Recuerdo muy bien el momento en el que por primera vez comprendí que yo soy yo, es decir, que soy una unidad particular con respecto al resto del mundo.

Guardo una fotografía en la que estoy sentada sobre las rodillas de mi padre, la imagen reproduce ese momento preciso. Quería mucho a mi padre, me mimaba muchísimo; hasta aquel instante yo me había sentido parte inseparable de él, del mundo entero, y de pronto fue como contraponerme a él, a todo lo que había alrededor. Supongo que esa fue mi toma de consciencia, la comprensión de que soy una individualidad, de que poseo una personalidad. Hasta ese momento, crecía sin más, digamos, siguiendo el programa genético, conforme a lo que me fue concedido desde el nacimiento. En cambio, desde aquel momento, en cuanto adquirí consciencia de mi contraposición al mundo, este empezó a influirme. Y lo que había en mí poco a poco comenzó a modificarse, a labrarse, a pulirse bajo el influjo del mundo exterior, de la grandeza de la vida que había a mi alrededor. Dicho de otra manera, en mi experiencia, en aquello que vivía, en las situaciones en las que me encontraba, en las elecciones que hacía, en las relaciones que surgían con la gente, en todo ello se sentía cada vez más la presencia del mundo que bullía en torno a mí. Por eso he pensado que al relatar mi vida no hablo de mí, no tanto de mí... Porque de entrada la propuesta me ha parecido absurda: ¿a santo de qué voy a hablar de mí? No me considero, por ejemplo, más inteligente que los demás..., y en general, no entiendo por qué debería hablar de mí misma. Pero de mí como de un organismo que incluyó, absorbió, elementos de la vida exterior, de la compleja, contradictoria vida del mundo

circundante, así tal vez cabría intentarlo. Y es que en este caso se perfila la experiencia de otra vida, de la vida en grande, pasada por el filtro individual, es decir, de algo objetivo. Y siendo objetivo, tal vez resulte valioso.

La verdad es que a veces pienso que ahora, a finales del siglo, con tanta división y tantos bandazos por doquier, cuando nuestro país rueda hacia quién sabe dónde, la sensación es que se precipita a marchas forzadas hacia un abismo, por lo que quizás valga la pena salvaguardar el máximo de vestigios del pasado, de la vida que hemos vivido: del siglo XX e incluso, a través de los padres, del XIX. Tal vez cuanta más gente deje testimonio de aquella experiencia, más se logre salvar y finalmente pueda armarse con aquellos fragmentos un cuadro más o menos completo de una época a pesar de todo humanitaria, de una vida con rostro humano, como se dice ahora. Esto aportaría algo, serviría de alguna manera de ayuda al siglo XXI. Me refiero, claro está, a la suma de testimonios; el mío ni siquiera es una gota, sino una centésima parte de una gota. De pronto siento el deseo de participar como sea en esa gota. De esa manera sí que puedo intentar relatar algo de mí, de lo que he vivido y de cómo lo he vivido.

Si, como dicen (bueno, yo, en cualquier caso, así lo creo), una obra artística, un libro, una película, debe transmitir un mensaje —y, probablemente, un testimonio también tendría que comunicar algo—, me gustaría formular mi «mensaje» ahora mismo. Antes que nada, quisiera subrayar que se ha de tener esperanza y creer, que incluso las peores situaciones pueden mostrar inesperadamente su otra cara y conducir a algo bueno. Les mostraré cómo en mi vida y más tarde en la nuestra, la que compartimos mi marido Sima y yo, muchas desgracias se volvían una suerte increíble, una riqueza, trataré de enfatizarlo para recordarnos que no podemos rendirnos a

la desesperación. Porque sé cuánta desesperación habita actualmente en las almas. En definitiva, que hay que creer, hay que tener esperanza, y con el tiempo muchas cosas pueden desvelar que, en realidad, tienen un signo distinto del que aparentan.

1

Bueno, por norma general —es un tópico que debo formular en voz alta ya que también a mí me ocurrió—, el interés hacia los padres tarda en despertar. Antes surge el distanciamiento, la afirmación de la personalidad propia y el deseo de vivir una vida individual, aislada, independiente. Hay tanto entusiasmo por esta vida que los padres importan poco. Es decir, los quieres, cómo no, pero, en cierto modo, no constituyen un elemento de la vida de tu alma. En cambio, con el tiempo se perfila más y más el interés por los orígenes y apetece entender de dónde sale todo, averiguar qué hacían los padres, qué los abuelos, etc., etc. Se consolida con los años. Lo observo en mis hijos, en ellos, poco a poco, ya en una edad madura, empieza a surgir una especie de interés hacia su padre y su madre, hacia su padre, que ya se ha ido... Pero yo recorrí el mismo camino y solo en mi juventud empecé a hacerle preguntas a mi madre. Por tanto, todo lo que cuente sobre mi abuela y mi abuelo no serán mis recuerdos, sino los recuerdos de los relatos de otras personas.

Mi madre y mi padre eran, ambos, de Poltava. Siempre tuve ganas de visitar esa ciudad, muchas veces le pedí a mi tía, la prima de mi madre, esposa del famoso académico Frumkin³, que viajase conmigo a Poltava. Habría podido enseñar-

3 Aleksandr Frumkin (1895-1976): fisicoquímico soviético, académico, autor de estudios fundamentales de la fisicoquímica moderna.

me dónde estaba su casa, pero finalmente la cosa no cuajó. Bastante después (llevaríamos Sima y yo unos treinta y cinco años casados) por un capricho del destino aterrizamos allí. Sima había sufrido varias neumonías graves, los médicos dijeron que deberíamos buscar un lugar con un clima que no fuera caluroso, pero sí templado y estable. Mi amiga Flora Litvínova, la madre del famoso disidente Pável Litvínov⁴, nos recomendó el pueblo de Shishakí, a setenta kilómetros de Poltava. Hay un río maravilloso allí, el Psel, y un pinar, es un sitio muy bonito. Sin pensármelo dos veces —esa clase de decisiones solía tomarlas a bote pronto—, le pedí a Flora que nos buscara una casa y nos fuimos para allí. Así, por pura casualidad, llegamos a Poltava.

Es una simpática ciudad de provincias, en el centro hay varios pomposos edificios gubernamentales. Los arrabales, por lo visto, no cambiaron su apariencia, ese aspecto tan poco usual de las chozas de barro: a diferencia de las de los pueblos, tenían muchos soportes de madera, por eso transmitían una sensación de solidez, si bien eran casas achaparradas, de una sola planta y con las ventanas pequeñas, que más parecían graneros que construcciones habitables. Creo que en la época en la que mis padres vivieron allí, casi toda Poltava, excepto el centro, tenía ese aspecto. Imagino una de esas casas blancas (todas son muy blancas porque las encalan dos veces al año, en primavera y en otoño, y siempre relucen de blancura) y, en ella, a mi madre, María Danílovna Libersón. En casa la llamaban Mania.

4 Pável Litvínov (1940): miembro destacado del movimiento por los derechos humanos, formó parte de la llamada «manifestación de los siete», en la que siete personas se sentaron en la Plaza Roja con pancartas contra la invasión soviética de Checoslovaquia. La acción se celebró el 25 de agosto de 1968 y fue reprimida en cuestión de minutos. Todos los participantes fueron condenados. En 1974 Litvínov emigró a Estados Unidos.

Sé que su casa era de dos plantas. La inferior era de madera, la superior, de adobe. La planta baja albergaba la farmacia, que no era una simple botica: por alguna razón, mi abuelo también vendía allí juguetes. En la farmacia había una gran sección de juguetes.

El abuelo no solo era dueño de la farmacia, también era el farmacéutico, el químico, pasaba todo su tiempo haciendo experimentos en el laboratorio, pero además, le encantaban los juguetes. Encargaba por correspondencia las últimas novedades de Europa, y de Estados Unidos. Dicen que los clientes venían incluso desde Kiev. Buscaban el último grito. Su mayor afición eran los juguetes mecánicos, sobre los que nuestro hijo Pável, mucho tiempo después, cuando a los seis años lo quisimos llevar a la primera exposición de juguetes en Moscú, dijo: «No me interesan». En cambio a mi abuelo los juguetes mecánicos le interesaban sobremanera.

Además, mi abuelo tenía una medalla al valor por salvamento de ahogados: se lanzó al agua y rescató a alguien que se ahogaba. Y también lideró la milicia popular hebrea de autodefensa durante los pogromos.

Mi padre —Zinovi Iákovlevich Markóvich, Ziama para los suyos—, era uno de los ocho o nueve hijos de una familia judía pobre. Fue el único que accedió a los estudios superiores. Sus padres, mis abuelos, no aparecen por ninguna parte en los relatos familiares. En mi vida estuvo presente su hermano, un funcionario soviético de rango bajo. Íbamos a su casa y, ya en Moscú, recuerdo unas comidas interminables. Posteriormente su hijo fue arrestado por trotskista y murió en la cárcel. No sé nada más de nadie por la línea familiar de mi padre.

Lo de mi madre y mi padre fue un romance de colegio. Mi madre se graduó en el gimnasio de Poltava; mi padre, en la

escuela técnica especializada en ingeniería. Guardo el diario secreto de mi madre en el que describe cómo el 6 de junio de 1907 celebraron la graduación en la terraza de su casa. Fue una celebración entre amigos, tres chicas y tres chicos, una nota habla sobre sus planes de vida, increíbles, románticos y sublimes.

El relato sobre mis padres vendrá más tarde, así como el de Rebeca, una amiga de mi madre de una belleza extraordinaria, pero ahora preferiría referirme brevemente a los demás.

Milia Ulman se fue a Moscú, se graduó en la universidad y fue profesora de Historia en un centro de enseñanza para los obreros.

Siunia, amigo de mi padre, se fue a Palestina y acabó siendo catedrático y jefe del departamento de Química en la Universidad de Jerusalén.

Misha, otro amigo de mi padre, se hizo socialista cuando empezó la guerra, escribió a Plejánov⁵ para preguntarle si un socialdemócrata debía ir o no a la guerra. La respuesta fue afirmativa, tenía que alistarse, sin falta. Plejánov, a diferencia de Lenin, estaba convencido de que había que defender Rusia. Misha fue como voluntario a la guerra y perdió la vida.

Mi padre y mi madre tuvieron que separarse. Después de los pogromos de 1907, la familia de mi madre se fue a Alemania. Vivieron allí dos o tres años y se mudaron a Palestina. Pero mi madre no aguantó la separación. Dejó a sus padres en Jaffa y regresó a Rusia en busca de mi padre. Él, mientras tanto, se había graduado en la Escuela Superior de Minería de San Petersburgo.

5 Gueorgui Plejánov (1856-1916): filósofo, teórico y propagandista del marxismo ruso, fue uno de los fundadores de Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Tras el II Congreso del partido y su enfrentamiento con Lenin, lideró la fracción moderada-menchevique.

Tras el fracaso de la Revolución de 1905, en torno a 1908 y 1909 una ola de tremenda desesperación aplastó a los jóvenes. Afectó, en primer lugar, a la juventud urbana, sobre todo en San Petersburgo. Comenzó la plaga: el bacilo de los suicidios. Eran masivos. Los chicos jóvenes no sabían qué hacer con su vida ni a qué agarrarse. Daba la sensación de que en el país se habían dado por perdidas todas las perspectivas de futuro, todas las esperanzas de algún tipo de cambio, de cualquier avance. Y en aquel preciso momento, mi madre, que era estudiante de los Cursos de Educación Superior Femenina, de pronto publicó en dos o tres rotativos el texto siguiente, a modo de carta abierta: «Muchachos y muchachas solitarios, os invito a venir a mi casa. Cada jueves, a partir de las cinco, abro las puertas de mi habitación. Tomaremos juntos té o café, hablaremos, entablaremos amistades. Tal vez entre todos logremos que la vida sea más llevadera».

Desde el punto de vista de las costumbres, de las normas propias de la época, era un acto valiente y extraño que no pasó desapercibido. Se llegó a publicar un libro titulado *El círculo de los solitarios* y, hace poco, leyendo las cartas de Blok⁶ me topé casualmente con una mención al respecto, unas palabras dedicadas a la proeza de la estudiante María Libersón. Fue sorprendente e interesante leerlo: comprendí que mi madre desde bien pronto había intentado conectarse a la vida grande. Lejos de refugiarse en su pequeño círculo, quiso abrirse a la gente, lo cual, por descontado, me complacía.

6 Aleksandr Blok (1880-1921): célebre poeta ruso.

De la carta de María Libersón a Aleksandr Blok:

La ponencia de ayer me mostró una vez más la inmensa profundidad de la cuestión de la soledad y hasta qué punto está presente en la sociedad actual.

Aleksandr Aleksándrovich, ¿es quizá la barrera fatal entre los intelectuales y el pueblo tan impermeable porque una barrera aún más sólida aísla ahora a cada uno de los intelectuales? ¿A lo mejor el intelectual no encuentra el camino hacia el pueblo porque está infinitamente solo? ¿No será el único camino hacia el alma popular la lucha contra la soledad y el aislamiento de los intelectuales?

Usted mismo invocaba ayer a los suicidas que confirman su tesis de que vivir así es muy difícil, casi imposible.

Sean cuales sean las causas que hacen al hombre rechazar la vida, en el momento del suicidio está, sin lugar a dudas, profundamente solo.

Entiendo que ya en esa época entre ella y mi padre había un amor grande. Pero entonces empezó la Primera Guerra Mundial, mi padre se fue al frente, según se decía, por «alistamiento voluntario»; en realidad el servicio militar era obligatorio y lo llamaron a filas. Cayó prisionero. Pasó casi cuatro años en cautiverio en Alemania, por lo que después hablaba muy bien alemán. Guardo las postales que envió mientras fue prisionero de guerra.

Mi madre organizó durante la guerra una guardería para los niños judíos cuyos padres habían sido movilizados. Era la primera guardería con pensión completa de cinco días, es decir, los niños se hospedaban allí, se los llevaban a casa solo el fin de semana. En sus diarios describe con un cariño infinito a aquellos niños y niñas, lo dificultoso que fue reunirlos; cómo

sus madres, pese a vivir en la extrema pobreza, muriéndose de hambre, tenían miedo de separarse de sus hijos; cómo las convencía. Cuenta la historia de la guardería día tras día, dedica palabras a cada pequeño. Es conmovedor, me costó contener las lágrimas mientras leía acerca de los pequeños Judit y Moshés, que al principio eran para mí completamente abstractos y de quienes mi madre escribía con tanto amor: Moshés por primera vez ha pronunciado bien tal palabra, Judit ha esculpido su primera figurita. Registraba todo aquello, mi madre lo percibía como increíblemente importante, lleno de significado, así que el trabajo en la guardería (contaba con dos ayudantes) parecía una actividad muy poética. Como si cultivase plantas exóticas. Cada uno era un ejemplar único, a cada uno lo regaban con un agua especial según un sistema individualizado y, poco a poco, a medida que avanzaba el diario, los niños embellecían: uno cantaba, otro bailaba, un tercero esculpía o recitaba versos. Apocados, oprimidos al principio, los niños se transformaban en pequeñas flores criadas con afecto.

Y claro, quedé cautivada. Gracias a los diarios, vi a mi madre desde una perspectiva distinta, fuera de lo cotidiano, no a esa madre que me pregunta a qué hora estaré en casa, si me he puesto la bufanda o si me he acabado las albóndigas... A decir verdad, mi madre no era diestra en los quehaceres cotidianos, solo sabía organizar fiestas. Poner la mesa para una comida festiva, cocinar algo especial, componer sin falta el menú en verso, eso sí, ahí estaba en su elemento. La monotonía del día a día no le interesaba. Era una persona... de natural festivo.

Mi padre regresó del cautiverio, como todos, hacia finales de la guerra, en 1919. Según parece, fue entonces cuando mis padres enlazaron definitivamente sus vidas. Dado que en algún momento mi padre se había afiliado a un partido obrero

judío, (no al Bund⁷, sino a otro, uno que en 1917, cuando llegaron al poder, se fusionó con el Partido Comunista) acabó siendo miembro del Partido Bolchevique. Por tanto, enseguida llegó su primer nombramiento, el de responsable del Departamento Urbano de Instrucción Pública en la ciudad de Smolensk. Mis padres se mudaron allí, les facilitaron la vivienda —una celda en el convento de Smolensk, convertido en residencia para trabajadores en comisión de servicio— y allí, el 16 de junio de 1920, nació yo.

7 Bund (del yidis: federación): la Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia fue el movimiento político judío que surgió a finales del siglo XIX en el Imperio Ruso. El bundismo seguía las ideas del marxismo, rechazó la revolución bolchevique tachándola de usurpadora y se pronunció en contra del sionismo.

IMÁGENES

*

Primera parte



Guardo una fotografía en la que estoy sentada sobre las rodillas de mi padre, la imagen reproduce ese momento preciso. Amaba mucho a mi padre, me mimaba muchísimo; hasta aquel instante yo me había sentido parte inseparable de él, del mundo entero, y de pronto fue como contraponerme a él, a todo lo que había alrededor. Supongo que esa fue mi toma de consciencia, la comprensión de que soy una individualidad, de que poseo una personalidad.



El abuelo no solo era dueño de la farmacia, también era el farmacéutico, el químico, pasaba todo su tiempo haciendo experimentos en el laboratorio, pero además, le encantaban los juguetes.



Lo de mi madre y mi padre fue un romance de colegio. Mi madre se graduó en el gimnasio de Poltava; mi padre, en la escuela técnica especializada en ingeniería.





Guardo el diario secreto de mi madre en el que describe cómo el 6 de junio de 1907 celebraron la graduación en la terraza de su casa. Fue una celebración entre amigos, tres chicas y tres chicos, una nota habla sobre sus planes de vida, increíbles, románticos y sublimes.





Después de los pogromos de 1907, la familia de mi madre se fue a Alemania. Vivieron allí dos o tres años y se mudaron a Palestina. Pero mi madre no aguantó la separación. Dejó a sus padres en Jaffa y regresó a Rusia en busca de mi padre. Él, mientras tanto, se había graduado en la Escuela Superior de Minería de San Petersburgo.



Pero entonces empezó la Primera Guerra Mundial, mi padre se fue al frente, según se decía, por «alistamiento voluntario»; en realidad el servicio militar era obligatorio y lo llamaron a filas. Cayó prisionero. Pasó casi cuatro años en cautiverio en Alemania, por lo que después hablaba alemán muy bien.





Mi madre durante la guerra organizó una guardería para los niños judíos cuyos padres habían sido movilizados. Era la primera guardería con pensión completa de cinco días, es decir, los niños se hospedaban allí, se los llevaban a casa solo el fin de semana.



Mi padre regresó del cautiverio, como todos, hacia finales de la guerra, en 1919. Según parece, fue entonces cuando mis padres enlazaron definitivamente sus vidas.



Enseguida llegó su primer nombramiento, el de responsable del Departamento Urbano de Instrucción Pública en la ciudad de Smolensk. Mis padres se mudaron allí, les facilitaron la vivienda —una celda en el convento de Smolensk, convertido en residencia para trabajadores en comisión de servicio— y allí, el 16 de junio de 1920, nació yo.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mis agradecimientos por la ayuda incalculable a:

La familia Luinguín, Ludmila Golúbkina, Borís y Marina Zolotujin, Natalia Mavlévich, Inna Tumanián, Román Rudnitski, Mark Arónov, Feliks Déktor, Irina Martínova, Arina Istrátova, Ksenia Starosélskaia, Anatoli Cheriáev, Lev Besimenski, la familia Lindgren, Jean-Pierre Vernant, Christine Lutz, Lialia, Natia y Zina Minor, Anna Grishina, Nina Rubashova, Georgui Knabe, Beatrice Ólkina, Natalia Musienko, Tatiana Soloviova, Varia y Kirill Arbúzov, Isai Kuznetsov, Inna Barsova, Alla Chernova, Iuliana Ilsen, Noemi Grebneva, Eugeni Agranóvich, Elena Rzhévskaja, Galina Medvédeva, Aleksandr Káufman, Aleksandr y Galina Braguinski, Dmitri Gútov, Irina Sirotinski, Flora Litvínova, Galina y Vladímír Novojatko, Alla e Ígor Zólotov, Boris Levinson, Natalia Zoi, Iulia Arónova, Dmitri Shevárov, Iuli Lurié, Andréi Jrzhanovski, Margárita Shabúrova, María Bubnova, Dmitri y Maksim Golland, Freya van Saun, Gennadi Fadéiev, Svetlana Nóvikova, Rena Ialovétskaia, Anna e Iván Kúzin.

A la Embajada de Francia en Rusia y personalmente a Christine Vegeade, Ígor Sokologorski y Daria Apollónova; a la Embajada de Alemania en Rusia y personalmente a Sabina Hoffman; a la Embajada de Suecia en Rusia y personalmente a Marianne Hultberg, Kristine Johansen y María Vedeniápina; a Lyceé Victor Duruy en París; a la alcaldía de San Juan de Luz.

Al Museo de Etnografía Territorial de Poltava y personalmente a Ludmila Nikoláienko; al Museo de Etnografía Territorial de Náberezhnye Chelny y personalmente a Zulfira y Mansur Sáfin, así como a Leonid Gorbunov; al Archivo municipal de Moscú y personalmente a Lidia Naúmova; al MEMORIAL, Sociedad Internacional Histórica, Educativa, de Derechos Humanos y de Beneficencia y personalmente a Aliona Kozlova y Aleksander Daniel; al Museo y Centro público Andréi Sájarov y personalmente a Tatiana Grómová y Peter Redway; a la Casa-Museo de Marina Tsvetáieva y personalmente a Nadezhda Katáieva-Lítkina, Natalia Grómová y Esther Krasóvskaia; al colegio Gorki N 204 de Moscú y personalmente a Galina Klímenko; a la editorial Azbuka y personalmente a Denis Veselov; a la Biblioteca Nacional de Rusia y personalmente a Iván Serbin; al diario Izvestia y personalmente a Ludmila Kómleva y Borís Pastenak; a los amigos y discípulos de Lilianna y Semión Lunguín; a Varia Gornostáieva, Serguéi Parjómenko, Grigori Ggartishvili, Leonid Parfiónov, Oleg Dobrodéiev, Serguéi Shumakov sin el entusiasmo y la ayuda de los cuales el documental *Podstróchnik* nunca se habría emitido.

Y también a Ludmila e Inna Birchanski y Ekaterina Dorman.

Oleg Dorman

AUTOMÁTICA EDITORIAL le agradece la lectura de este libro. Esperamos que disfrutara de él tanto como nosotros y le animamos a que lo recomiende, lo preste o lo regale a sus amigos.

En nuestra web www.automaticaeditorial.com podrá encontrar información sobre nosotros y nuestro catálogo. Asimismo le invitamos a que se ponga en contacto con nuestro equipo para ayudarnos a crecer y mejorar.

Este libro ha sido impreso en España en el mes de enero de 2019.

